



Philippe Derblay

o

Amor y orgullo



TESOROS DE ÉPOCA



Philippe Derblay

o

Amor y orgullo

GEORGES OHNET



d'Época
editorial



En un claro día del mes de octubre de 1880, un joven vestido con un elegante traje de caza estaba sentado a la linde de uno de los hermosos robledales que cubren con su fresca sombra las primeras laderas del Jura. A pocos pasos de distancia de su amo, un excelente spaniel color canela, tumbado sobre los brezos, le miraba con atentos ojos, como preguntándole si reanudarían pronto la marcha.

El cazador no parecía dispuesto a retomar de inmediato el paseo. Había apoyado la escopeta en el tronco de un árbol, arrojado su morral vacío en la orilla del camino, y con la espalda vuelta al sol y la barbilla apoyada sobre la mano, dejaba vagar sus ojos sobre el admirable paisaje que se desplegaba ante él. En el otro extremo del camino junto al cual se había detenido, y a lo largo del bosque, se extendía un tallar de dos años cuyos claros vástagos brotaban como islotes de verdura entre helechos y altas hierbas amarillas. El terreno arbolado descendía en suave pendiente hacia el valle, permitiendo divisar entre sus praderas la aldea de Pont-Avesnes, alzándose sobre los rojos tejados de sus casas el campanario de piedra, en forma de apagavelas, de su antigua iglesia. A la derecha, el castillo circundado por dos profundas fosas secas y plantadas de árboles frutales. El Avesnes, un sutil hilillo de agua que los habitantes llamaban ambiciosamente «río», relucía como una cinta de plata entre los raquíticos sauces de hojas temblorosas, que se inclinaban sobre sus márgenes.

Algo más lejos la herrería, que por las chimeneas de sus altos hornos escapía una humareda roja barrida por el viento, extendía sus negras murallas al pie de la colina, con sus cimientos rocosos atravesados por grandes agujeros destinados a la extracción de los minerales. Sobre dichas excavaciones, reverdecían las viñas que producen un modesto vino blanco

con sabor a sílex y que se vende comúnmente bajo el nombre de vino de Mosela¹. El cielo de un pálido color azul estaba inundado de luz y una bruma cristalina como un tenue velo flotaba en las alturas. Una profunda paz se extendía sobre aquel risueño paisaje; el ambiente era tan puro que, a través del aire, el ruido ensordecedor de los martillos de la herrería subía desde el valle hasta las profundidades del bosque.

Aletargado por la calma que le envolvía, el joven cazador permanecía inmóvil. Poco a poco, el paisaje había dejado de atraer su atención. Le invadía un sentimiento de profundo bienestar y sus pensamientos se perdían en una deliciosa divagación. Sonriendo, iba sumiéndose en lejanos recuerdos del pasado. El sol, en el punto de inflexión de su recorrido, doraba las cimas enrojecidas de las montañas, un intenso calor subía desde los brezos y el silencio de los bosques se volvía más profundo.

Fue bruscamente despertado de su meditación. Un húmedo hocico se posó sobre sus rodillas, mientras que dos ojos de mirada casi humana le dirigían una muda súplica.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el joven—. ¿Estás aburrido, viejo amigo? Vamos, no te impacientes más. Pongámonos en marcha.

Y se alzó con un suspiro, se colocó el morral a modo de bandolera, puso su escopeta bajo el brazo, y luego, atravesando el camino, saltó un pequeño foso y se adentró en la espesura.

El perro color canela sacudía la hierba alta. De pronto, se detuvo junto a una zarza, adoptando la posición de muestra con la pata levantada, el cuello encorvado, inmóvil como si se hubiera convertido en piedra. Su rabo se movía tímidamente y con la mirada parecía llamar la atención de su amo. Éste avanzó rápidamente algunos pasos. En aquel preciso instante, saltando fuera de su madriguera, una enorme liebre, veloz como una bala, huyó mostrando su grupa amarilla. El joven

¹ Vinos del valle del río Mosela, que recorre el noreste de Francia, Luxemburgo y la zona oeste de Alemania. Durante siglos, una de las mayores atracciones de este valle ha sido la vitivinicultura, desde el tiempo de los romanos, cuando se asentaron en estas tierras.

apuntó su arma y abrió fuego con celeridad. Cuando el humo del disparo se disipó, observó sin asombro pero con fastidio cómo su liebre desaparecía en la frondosidad del bosque.

—¡Otro que he fallado! —murmuró.

Y, volviéndose hacia el spaniel que le esperaba con aire resignado:

—¿Qué, lástima, eh? ¡Lo has mostrado muy bien!

En aquel momento, un disparo retumbó en el bosque, a cien metros del joven cazador. Luego, tras un minuto de silencio, se oyó un rumor de pasos entre los retoños, las ramas se abrieron y un corpulento muchacho, vestido con camisa de caza color azul, calzado con grandes botas y cubierto con un viejo sombrero, apareció en los lindes del bosque.

En una mano portaba su escopeta y en la otra, asida por las patas traseras, la liebre que tan vivazmente había salido de su madriguera.

—¡Parece que ha sido usted más afortunado que yo! —dijo sonriendo el joven cazador dirigiéndose hacia el recién llegado.

—¡Ah! ¿Es usted el que ha disparado, señor? —preguntó el hombre de la camisa.

—Sí, y muy torpemente porque el animal se escapó entre mis piernas y le disparé a escasos veinte pasos.

—En efecto, ¡no ha sido muy brillante! —respondió el hombre de la camisa con ironía—. Pero ¿cómo es, señor, que está cazando usted en esta zona del bosque?

—Pues, cazo aquí —dijo el joven con un ligero tono de hastío— porque tengo derecho a ello...

—No lo creo: estos bosques pertenecen al señor Derblay, y no permite a nadie poner el pie en ellos.

—¡Ah! ¡Ah! ¿El dueño de la herrería de Pont-Avesnes? —respondió con cierta altivez el joven—. No sabía que me encontraba en sus dominios, y estoy desolado. Debo haberme extraviado. Usted debe de ser sin duda el guarda del señor Derblay.

—Y usted ¿quién es? —dijo el hombre de la camisa sin responder a la pregunta que le había hecho.

—Soy el marqués de Beaulieu, y le ruego que no crea que tengo la costumbre de practicar la caza furtiva.

Al escuchar estas palabras, el hombre de la camisa se ruborizó en extremo e inclinándose con deferencia, dijo:

—Disculpe, señor marqués; si hubiera sabido con quién hablaba, no me hubiera permitido abordarle y pedirle explicaciones. Continúe con su caza, se lo ruego, soy yo quien se retira.

Mientras su interlocutor hablaba, el joven marqués le observaba atentamente. A pesar de su rústico atuendo, mostraba buenos modos. Su rostro, enmarcado por una barba negra, era hermoso e inteligente. Sus manos, finas y cuidadas. Además, de su hombro colgaba una escopeta de una rica simplicidad, como sólo los armadores ingleses saben hacerlas.

—Se lo agradezco —respondió fríamente el marqués—, pero no tengo el honor de conocer al señor Derblay. Únicamente sé que es un vecino incómodo con el cual tengo pésimas relaciones. No tengo intención de disparar un solo tiro más en sus tierras. Llegué ayer a Beaulieu. No conozco muy bien el terreno y me temo que mi amor por la caza me ha arrastrado fuera de nuestra propiedad. No se volverá a repetir.

—Como desee, señor marqués —respondió amablemente el hombre de la camisa—. Sin embargo, le garantizo que el señor Derblay se sentiría muy feliz de demostrarle en esta ocasión que si le resulta a usted un incómodo vecino, es muy a su pesar... Ha usurpado los dominios de Beaulieu para favorecer el paso de un ferrocarril minero... Tenga la seguridad de que lamenta las molestias y que está dispuesto a indemnizarle en la forma que usted convenga. Los lindes entre vecinos resultan en ocasiones inciertos —añadió sonriendo—. Usted mismo acaba de comprobarlo. No juzgue pues al señor Derblay sin conocerle... Puede que con el tiempo se arrepienta de su severidad...

—Sin duda es usted amigo del dueño de la herrería... —dijo el marqués mirando al hombre de la camisa—, quizá uno de sus empleados, por el empeño que pone en defenderle...

—Efectivamente, señor marqués.



Y cambiando bruscamente de conversación:

—Pero usted no parece haber sido muy afortunado, ni en Beaulieu ni en Pont-Avesnes. El señor Derblay presume de que en sus tierras hay abundante caza. Y lamentaría escuchar que ha salido de ellas con las manos vacías. Tenga la bondad de aceptar esta liebre que tan caballerosamente ha batido para mí y de unir a ella estas cuatro perdices.

—No puedo aceptar —respondió enérgicamente el marqués—. Guárdelas, y le ruego que no insista en su ofrecimiento...

—Aun a riesgo de importunarle, insisto —respondió el hombre de la camisa—. Dejaré la caza en esta zanja. Es libre de tomarla o dejarla, en cuyo caso saldrá ganando el zorro... Ha sido un honor conocerle, señor marqués...

Y con una zancada se adentró en el gran bosque y se alejó con paso presuroso.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó el marqués. Pero el cazador había desaparecido.

—He aquí una extraña aventura —murmuró el joven—. Y ahora ¿qué hago?

Una intervención inesperada puso fin a sus vacilaciones. El spaniel canela se dirigió a la zanja y, tomando en la boca una perdiz con mucha precaución, se la llevó a su amo. El marqués se echó a reír y acariciando a su perro, dijo:

—Por lo visto no quieres que regresemos con las manos vacías.

Y metiendo en su morral la liebre y las cuatro perdices, con paso lento debido a aquella inusitada carga, el joven reemprendió el camino a casa.

El castillo de Beaulieu es una edificación estilo Luis XIII, compuesta de un cuerpo principal y dos alas y construido con sillares de piedra blanca. Los puntiagudos tejados de las alas están coronados por altas chimeneas esculpidas, que le otorgan un hermoso aspecto. Una amplia terraza de quinientos metros de longitud, delimitada por una balaustrada en piedra rosa, reina en la fachada principal del castillo, y está habilita-

da como parterre. A ella se accede por una escalinata de ocho peldaños cuya base tiene forma de gruta. Guirnaldas de flores trepan a lo largo de la barandilla de hierro forjado, brindando a la mano de aquel que por ella descende un perfumado apoyo.

La terraza, orientada al sur, se convierte al final del otoño en un delicioso lugar de paseo. El panorama que desde ella se contempla es encantador. El castillo, ubicado en una colina frente a los viñedos y canteras de Pont-Avesnes, se encuentra circundado por un coto de treinta hectáreas que descende en suave pendiente hacia el valle. La herrería del señor Derblay ha restado un poco de belleza al paisaje y perturbado el recogido silencio de la campiña; no obstante, es una de las mansiones más envidiadas.

Sin embargo ha permanecido largo tiempo deshabitada. El marqués de Beaulieu, el padre del joven cazador, se convirtió en dueño de una inmensa fortuna cuando contaba veinte años de edad, hacia el año 1846, y comenzó a llevar en París una vida ostentosa; aunque, cada año y durante la época de caza, pasaba tres meses en Beaulieu, donde celebraba grandes fiestas para la aristocracia de la comarca. Y la fastuosa prodigalidad del propietario del castillo enriquecía la región para toda la estación invernal.

Cuando estalló la revolución de 1848, los vinicultores de Pont-Avesnes, seducidos por las diatribas de algunos líderes socialistas, decidieron *recompensar* la generosa ayuda que recibían del marqués saqueando su castillo.

Armados con escopetas, hoces y horquillas y enarbolando una bandera roja, subieron a Beaulieu entonando *La Marsellesa*. Derribaron las verjas que el guarda se negaba obstinadamente a abrir, y desperdigándose por el castillo se entregaron al pillaje, destrozando todo aquello que no podían llevarse. El más diestro del grupo encontró la entrada a las bodegas, y el robo dio paso al festín. Los vinos del marqués eran selectos y los vinicultores los apreciaron como buenos conocedores de la materia. La ebriedad reavivó la violencia. Se adentraron en los invernaderos conservados con esmerado cuidado, y aque-

llos salvajes se dedicaron a pisotear las flores, y a romper los maceteros de mármol.

Una admirable Flora de Pradier² se erigía en el centro de un macizo de vegetación sobre un pedestal a cuyos pies murmuraba una cascada de agua en una fuente de piedra. Un energúmeno pretendía rajar a golpe de hoz la sensacional escultura, cuando el más ebrio, en un repentino acceso de sensibilidad, se colocó delante de la obra maestra declarando que era amigo de las artes y que clavaría su horquilla en el vientre del primero que tocara la estatua. La Flora fue salvada.

Entonces, para desquitarse, los pont-avesneses fantasearon con plantar un árbol de la libertad. Arrancaron del jardín un joven álamo y, tras adornarlo con algún pingajo rojo, lo colocaron entre gritos de alegría en el centro de la terraza.

A continuación bajaron a la aldea y continuaron clamando su revolucionaria orgía hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente, una brigada de gendarmes llegó a Pont-Avesnes, y el orden fue restablecido sin dificultad.

Cuando supo de esta refriega, al marqués le hizo gracia. Habiendo colmado a los pont-avesneses de sus favores le pareció muy necio por su parte que intentaran sabotearle. Pero la noticia de la plantación del árbol de la libertad en la terraza le sacó de sus casillas. Consideró que la broma traspasaba todos los límites. Envió a su jardinero la orden de arrancar el joven álamo, cortarlo en pedazos de dimensiones reglamentarias y expedirlo a París para emplear la leña en su chimenea. Hizo llegar quinientos francos al beodo amigo de las obras de arte y anunció a los pont-avesneses que en venganza a su pequeña farsa revolucionaria no volvería a poner los pies en Beaulieu.

La aldea, para la cual esta cuarentena equivalía a una pérdida de al menos veinte mil francos al año, realizó varias tentativas de acercamiento a través de su alcalde, además de

² Flora, en la mitología romana, era la diosa de las flores, los jardines y la primavera. James Pradier, también conocido como Jean-Jacques Pradier (1790-1852), fue un escultor francés nacido en Suiza, más conocido por su trabajo en estilo neoclásico.

una petición firmada por el consejo municipal. Todo inútil. El marqués no perdonó el árbol de la libertad, y el castillo de Beaulieu permaneció cerrado.

A decir verdad, los atractivos de la vida parisina contribuyeron en gran medida a la resolución del marqués. El club, los teatros, el deporte y la galantería fueron seguramente las razones que le mantuvieron alejado de Beaulieu más que cualquier rencor contra sus campesinos. Sin embargo, tras años de una vida repleta de agitaciones y placeres, el marqués se sintió hastiado de sus locuras y, aprovechando un momento de lucidez, contrajo matrimonio.

Su joven esposa, hija del duque de Bligny, poseía un alma bondadosa y un espíritu calmo. Adoraba al marqués y supo cerrar los ojos ante sus debilidades. Era uno de esos encantadores pródigos para quienes el placer es la esencia misma de la vida, y que tienen la mano y el corazón siempre abiertos: no sabía resistirse a un deseo de su esposa, pero era capaz de hacerla morir de pena para después llorarla amargamente. Cuando la marquesa le regañaba de modo maternal al día siguiente de haber cometido alguna locura, besaba sus manos y con lágrimas en los ojos le decía:

—¡Eres una santa!

Y al día siguiente, recomenzaba.

La luna de miel de los jóvenes esposos duró tres años. Ciertamente breve para un hombre como el marqués. De su matrimonio nacieron dos hijos. Un niño y una niña. Octave y Claire crecieron educados por su madre; el heredero, severamente, con el objetivo de transformarse en un hombre útil; la hija, delicadamente, para convertirse en el encanto de la existencia de aquel que llegara a amarla. Caprichos de la creación: el hijo era la viva imagen de su madre; dulce, tierno y jovial. La hija poseía el carácter impetuoso y ardiente de su padre. La educación suavizó su naturaleza, pero no logró cambiarla. Con el paso de los años Octave se convirtió en el amable muchacho que prometía. Claire, en la soberbia y altanera hija que su infancia anunciaba.

Sin embargo, la desdicha y el luto les proporcionó pronto un compañero. Desgraciadamente, el duque de Bligny, viudo desde muy joven y padre de un niño, murió sobre el césped del hipódromo, aplastado por su caballo. Este paladín, muerto como un jinete, dejó una escasa fortuna. Cuando finalizó el funeral, su hijo Gaston, vestido de luto, fue conducido a la residencia de su tía la marquesa, y allí vivió desde entonces.

Tratado como un tercer hijo, creció junto a Octave y Claire. Tan solo unos años mayor, ya se distinguía por el encanto y elegancia propios de una *raza* refinada. Abandonado por su padre, cuya vida de disipación poco se prestaba a los cuidados de una constante vigilancia; tan pronto desamparado en manos de los criados que le enredaban en sus intrigas de baja estofa, como involucrado en las selectas correrías de su padre, e indispuerto por la irritante comida de los restaurantes, la inocencia de aquel niño, entre las orgías de los lacayos y las galanterías de su padre, fue sometida a rudas pruebas.

Cuando llegó al palacio de Beaulieu tenía un aspecto físico enfermizo, se mostraba triste y ligeramente malvado. Pero bajo la atmósfera pura de la vida familiar recobró toda la gracia y frescura de la juventud. A los diecinueve años, con sus estudios terminados, prometía ser un encantador y perfecto caballero. Precisamente en esa época se percató de que su prima Claire, cuatro años más joven que él, ya no era una niña.

Una súbita transformación se había operado en ella. Como una hermosa mariposa saliendo de su crisálida, Claire floreció con todo el esplendor de su radiante belleza rubia. Sus negros ojos brillaban con dulce resplandor, y su figura, admirablemente desarrollada, tenía una elegancia sin igual. Gaston la adoró locamente. Fue un flechazo, pero guardó durante dos años el secreto de este amor profundamente encerrado en su corazón.

Una fatalidad fue la causa de que él hablara. En el dolor, las confesiones brotan espontáneamente del corazón. El marqués de Beaulieu murió repentinamente. Este gran vividor desapareció del mundo discretamente, a la inglesa. No estaba enfermo; simplemente dejó de vivir. Le encontraron tendido

en el suelo de su despacho. Quería hojear el dossier de un pleito que tenía con sus parientes de Inglaterra; un insólito trabajo que no pudo llevar a buen término.

Los médicos que quieren determinar todo con precisión y jamás admiten que no se tenga en cuenta su opinión, incluso en la hora de la muerte, declararon que el marqués había sucumbido por la ruptura de un aneurisma. Los amigos del club sacudían la cabeza y comentaban entre ellos que el excelente Beaulieu había terminado como Morny³, consumido y quemado por la gran vida. Cierto es que no se puede salir impune de una existencia como la que el marqués llevó desde los veinticinco años.

Los más avisados pensaron que la revelación hecha por el administrador a este soberbio despilfarrador de dinero, de que había dilapidado hasta el último céntimo de su fortuna, le había matado, sin duda, como si le hubieran disparado una bala en el corazón.

La familia del marqués no se ocupó de investigar las causas de esta muerte fulminante, sino de llorarle. El señor de Beaulieu era amado y respetado cual hubiera sido un esposo y un padre ejemplar. Silenciosamente, la marquesa dispuso la casa de luto y dedicó al ser que tanto había adorado, a pesar de sus faltas y al que añoraba amargamente, honores principescos. Octave, convertido ahora en marqués de Beaulieu, y el duque de Bligny, su hermano adoptivo, presidieron el duelo rodeados de la más antigua nobleza de Francia. Y por la tarde, cuando regresaron al castillo sombrío y mudo, encontraron a la marquesa y a Claire vestidas de negro, esperándoles para consolarles y agradecerles la pesada y dolorosa tarea que acababan de cumplir. Más tarde, la marquesa se encerró en sus

³ Carlos Augusto Luis José de Flahaut de La Billarderie, más conocido como duque de Morny (1811-1865), fue un aristócrata, político y financiero francés que desempeñó el cargo de embajador de Francia en San Petersburgo. Era hijo natural de Hortensia de Beauharnais (mujer de Luis Bonaparte y reina de Holanda) y de Carlos José de Flahaut, y por ello medio hermano de Napoleón III. Se convirtió en duque en el verano de 1862, y fue también una de las grandes figuras de la vida parisina, con abundantes conquistas amorosas. Su tren de vida lujoso, y su reputación, dañaron la imagen del régimen.

aposentos con su hijo para hablar del futuro. Y Gaston salió con Claire al jardín.

La sombra descendía a través de los grandes árboles. Era una hermosa tarde de verano, y el aire estaba impregnado del perfume de las flores. Los dos jóvenes paseaban pausadamente y sin hablar alrededor del jardín, absortos cada uno en sus pensamientos. De común acuerdo, se detuvieron y se sentaron en un banco de piedra. Un chorro de agua resonaba en el estanque de mármol que se encontraba a sus pies, y su monótono murmullo mecía sus ensoñaciones. De repente, Gaston rompió el silencio y hablando atropelladamente como quien ha estado demasiado tiempo contenido, expresó a Claire, con profunda sensibilidad, su pesar por la pérdida del hombre extraordinario que había ejercido de padre. Sentía una emoción que no podía contener. Debido a la tensión nerviosa que había sufrido durante toda la jornada, sintió un desfallecimiento y se abandonó a la desgarradora emoción de la hora presente. Y, muy a su pesar, no pudo reprimir las lágrimas, rompiendo a llorar desconsoladamente.

Luego, dejando caer su aturdida cabeza en las ardientes manos de Claire, exclamó:

—Jamás olvidaré lo que los tuyos han hecho por mí. Suceda lo que suceda, estaré siempre a tu lado. ¡Te amo tanto!

Y repetía una y otra vez entre sollozos:

—¡Te amo! ¡Te amo!...

Claire alzó con ternura la cabeza de Gaston —ruborizado y casi avergonzado de su flaqueza—, y mirándole intensamente con una dulce sonrisa, le dijo:

—¡Yo también te amo!

Gaston, fuera de sí, exhaló un grito:

—¡Claire!

La joven posó sus manos en los labios de Gaston, y con la solemnidad de un compromiso rozó con un beso la frente del joven duque. A continuación, lentamente, se levantaron y apoyándose el uno en el otro retomaron en silencio su paseo por el jardín. Sin hablar. Escuchando sus corazones.



Al día siguiente, Octave de Beaulieu comenzó sus estudios de derecho y Gaston entró a formar parte del Ministerio de Asuntos Exteriores. El gobierno republicano procuraba por aquel entonces atraer a los más ilustres nombres de la aristocracia para tranquilizar a Europa, que miraba con ojos inquietos a la democracia triunfante. El joven duque se agregó al gabinete del señor Decazes; parecía destinado a una brillante carrera diplomática.

Su incursión en sociedad produjo una viva sensación por su cariz elegante, la gracia de su rostro y la exquisitez de su conversación. Asediado por las madres de familia, se mostraba indiferente a sus insinuaciones. No tenía ojos más que para Claire, y sus mejores veladas eran aquellas que discurrían en el pequeño salón en compañía de su tía, contemplando a su prima, mientras ésta mantenía la cabeza inclinada sobre el bordado. La luz hacía brillar los rizos alborotados que caían sobre su nuca, y Gaston permanecía silencioso y reflexivo, devorando con sus ojos aquellos cabellos dorados, que hubiera querido besar con devoción. A las diez se despedía de la marquesa, estrechaba fraternalmente la mano de Claire y se adentraba de nuevo en el *bel mondo*, para bailar hasta la madrugada.

En verano se trasladaban todos a Normandía, donde la marquesa tenía una propiedad, ya que fiel al rencor de su marido aún no había regresado a Beaulieu. Allí Gaston era completamente feliz: recorría los bosques a caballo con Octave y Claire, embriagado de aquel aire puro, mientras que la marquesa registraba los archivos de familia en busca de nuevos documentos relativos al pleito de Inglaterra.

Se trataba de una considerable suma legada en testamento al señor de Beaulieu. Los ingleses habían impugnado la herencia y los abogados de ambas partes se lanzaron a la causa como ratones al queso, viendo grandes posibilidades de enriquecerse prolongando las hostilidades. El pleito que el señor marqués había comenzado por amor propio, su viuda lo continuó por interés, pues la fortuna del señor de Beaulieu estaba gravemente comprometida por sus extravagancias y la herencia de

Inglaterra representaba el patrimonio más cuantioso de sus dos hijos. La fortuna personal de la marquesa era considerable y sólida, pero apenas suficiente para cubrir los gastos, por otro lado, excesivos, de la vida cotidiana. Así pues, la señora de Beaulieu se había adherido a la causa, a pesar del horror que le inspiraban los pleitos, para defender la fortuna de Octave y de Claire, y sumergida en papeleos y manteniendo constante correspondencia con los letrados, había llegado a ser una gran entendida en derecho procesal civil.

Tenía absoluta confianza en un desenlace exitoso. Sus familiares afianzaban su seguridad y estaban convencidos de que Claire aportaría una dote de dos millones al afortunado que lograra enamorarla. Ya habían pedido su mano varios pretendientes de noble alcurnia y gran fortuna, pero ella había rehusado. La marquesa, inquieta, había interrogado a su hija y Claire, sin titubear, le había confesado que estaba prometida al duque de Bligny.

Este compromiso no satisfacía en demasía a la señora de Beaulieu. Además de tener ciertos prejuicios respecto al matrimonio entre primos, juzgaba a Gaston con singular perspicacia. Le veía demasiado desenvuelto, apasionado, inconstante, capaz de amar ardientemente, e incapaz de amar fielmente. Sin embargo, no buscaba influenciar a su hija. Conocía la insólita firmeza del carácter de Claire y era consciente de que nada podría obligarla a romper un compromiso libremente contraído. Además, en el fondo de su corazón, a la marquesa le agradaba la idea de una alianza que devolvería a la familia el buen nombre de Bligny que ella había abandonado cuando contrajo matrimonio. Así pues, aceptó a su sobrino, y no pudiendo atenderle mejor de lo que lo había hecho hasta entonces, siguió tratándolo como a un verdadero hijo.

Entre tanto, el duque fue nombrado secretario de la embajada de San Petersburgo. Y de común acuerdo, se resolvió celebrar el matrimonio durante el primer permiso que le fuera concedido al joven diplomático; éste llegó seis meses más tarde. Gaston viajó a Paris, pero sólo por ocho días. Debía cumplir

una misión confidencial que el embajador prefirió no poner en riesgo dejándola a la providencia de un despacho cifrado.

¡Ocho días! ¿Podía organizarse un matrimonio en tan solo ocho días? Ni siquiera era tiempo suficiente para publicar las amonestaciones. El joven duque se mostró cariñoso con Claire, aunque con una cierta frivolidad que contrastaba con su devota ternura de antaño.

Desde su partida Gaston frecuentaba la aristocracia rusa, la sociedad más corrupta del mundo; y regresó con ideas ciertamente singulares sobre el amor. La expresión de su rostro había cambiado al igual que los sentimientos de su corazón. Sus facciones se habían endurecido, y sobre su frente, tan pura en el pasado, se revelaba una sombra de corrupción. Claire no lo advirtió o no quiso hacerlo; profesaba al duque un amor inamovible y esperaba confiada en la palabra de su caballero. Las cartas de Gaston, frecuentes en un principio, fueron paulatinamente disminuyendo, aunque siempre contenían apasionadas protestas. Sufría cruelmente, o eso decía, por la demora de su felicidad; pero jamás hablaba de su regreso. Y dos años habían pasado desde su partida.

A petición de su hija, la señora de Beaulieu mantuvo cerrados los salones durante los dos inviernos transcurridos. La prometida prefirió el retiro para zanjar las peticiones de los pretendientes que no se desanimaban. Octave continuó con sus carreras de abogacía y la marquesa se enzarzaba cada vez más en la burocracia de su interminable proceso.

Al llegar la primavera, por uno de esos caprichos tan habituales en ella, Claire decidió ir a la propiedad de Beaulieu que su padre, en vida, le había prohibido visitar. La marquesa, incapaz de resistirse a los deseos de su hija, y juzgando conveniente una distracción para ella, consintió el viaje.

Y es por ello que en un claro día del mes de octubre, el joven marqués recientemente licenciado cargó su escopeta al hombro y, acompañado de su spaniel color canela, se adentró en los bosques del señor Derblay.

II

A la hora en que el joven marqués se dirigía con la pesada carga hacia el castillo, la señora de Beaulieu y Claire, sentadas en el gran salón, disfrutaban del final de aquel hermoso día. Por las amplias vidrieras abiertas sobre la escalinata, el sol entraba a raudales, haciendo relucir el oro bruñido de las molduras de los cuadros, entre cuyos bordes se erigían sus antepasados sonrientes o con aire solemne ataviados con elegantes vestiduras de ceremonia. El mobiliario estilo Luis XVI, de madera tallada pintada de blanco, estaba realzado con una cenefa verde agua, y cubierto de una tapicería bordada a *petit point* que representaba la metamorfosis de Ovidio⁴. Un alargado y bajo biombo revestido en terciopelo de Génova rodeaba el amplio butacón en el que se encontraba sentada la marquesa, que tejía con gran esmero unos gorritos de lana para los niños de la aldea.

La señora de Beaulieu tenía ya cuarenta años. Su rostro serio y dulce estaba coronado por una cabellera casi blanca que le otorgaba un noble aspecto. Sus ojos negros colmados de melancolía parecían aún húmedos de tantas secretas lágrimas que habían derramado. Esbelta y lánguida, la marquesa tenía una salud delicada y tomaba toda clase de precauciones. En aquella calurosa jornada, un gran chal extendido sobre sus rodillas protegía del contacto con aquel aire abrasador sus menudos pies que, por obstinada coquetería, calzaba con unos ligeros zapatos de satén negro.

Reclinada en una amplia butaca, con la cabeza abandonada sobre el respaldo tapizado y las manos postradas e inertes,

⁴ *La metamorfosis*, del poeta romano Ovidio, es un poema en quince libros que narra la historia del mundo desde su creación hasta la deificación de Julio César. Terminado en el año 8 d. C., es considerado como una obra maestra de la edad de oro y una de las obras clásicas más leídas durante la Edad Media.

Claire, con los ojos perdidos en el firmamento, contemplaba, sin verlo, el admirable horizonte que se abría ante ella. Desde hacía una hora estaba allí inmóvil, silenciosa, dejándose bañar por el sol que hacía resplandecer su rubia cabellera como la aureola de una virgen.

Hacía unos instantes que la marquesa observaba a su hija con cierta inquietud. Una triste sonrisa vagaba por sus labios y, para llamar la atención de Claire, movió con afectación la canastilla que contenía sus ovillos de lana, acompañando dicho movimiento con un expresivo ¡ejem!; pero la joven, insensible a aquel indirecto llamamiento, permanecía inmóvil, absorta en sus pensamientos con una tenacidad implacable.

La marquesa, contrariada, posó su labor sobre la mesa y, reincorporándose en su diván, dijo con cierto tono de censura:

—Claire... Claire...

La señorita de Beaulieu cerró los ojos un instante, como despidiéndose de su ensoñación, y sin mover la cabeza, apoyando únicamente sus bellas manos blancas sobre los brazos de su butaca, respondió:

—¿Sí, madre?

—¿En qué piensas?

Claire permaneció un instante silenciosa. Una arruga frunció su frente. Luego, no sin esfuerzo, contestó con expresión tranquila:

—No pensaba en nada, madre —repitió—, esta brisa me estaba adormeciendo... ¿Para qué me llamabas?

—Para que me hables —dijo la marquesa con un tierno acento de reproche—. Para que salgas de ese estado de mutismo y abstracción.

Hubo un momento de silencio. Claire retomó su postura distendida. La marquesa, inclinada hacia adelante, retiró su chal sin preocuparse de aquella fresca brisa. La señorita de Beaulieu se giró lentamente hacia su madre, mostrándole su hermoso y triste rostro y, como repitiendo en voz alta la sucesión de ideas que le estaban inquietando en silencio, preguntó:



—¿Cuánto tiempo hace que no recibimos carta de San Petersburgo?

La marquesa meneó la cabeza como queriendo decir: «Ya sabía yo que era esto lo que te preocupaba». Y con una voz que pretendía infundir calma, dijo:

—Alrededor de dos meses.

—¡Dos meses! ¡Sí! —repitió Claire exhalando un doloroso suspiro.

Esta vez la marquesa perdió la paciencia; levantándose bruscamente fue a sentarse junto a la ventana, frente a su hija, y tomándole la mano, le dijo:

—Vamos, ¿por qué piensas constantemente en ello, atormentándote el alma?

—¿Y en qué quiere que piense —respondió Claire amargamente— sino en mi prometido? ¿Y cómo no atormentar mi alma, como usted dice, intentando averiguar los motivos de su silencio?

—Confieso —respondió la marquesa— que tiene difícil justificación. El duque de Bligny, mi sobrino, tras su breve estancia de ocho días con nosotros el año pasado, se marchó con la promesa de volver a París durante el invierno. Al principio escribió que las complicaciones políticas le retenían en su puesto de trabajo. Después pretextó, una vez terminado el invierno, que confiaba viajar a París en verano. El verano llegó, pero el duque no regresó. Estamos en otoño y Gaston ya no esgrime pretextos. Ni siquiera se toma la molestia de escribirnos. Aun admitiendo que se debe a una simple negligencia por su parte, ¡esto es demasiado! Hija mía, es una canallada: los hombres de hoy en día no conocen la educación.

Y la marquesa irguió su canosa cabeza, que le otorgaba cierto parecido con las grandes damas empolvadas que sonreían desde los exquisitos cuadros que rodeaban el salón y que personificaban los retratos de familia.

—¿Y si estuviera enfermo? —se atrevió a aventurar Claire, tratando de defender al ser que amaba—. ¿Y si se encontrara imposibilitado para hacernos llegar noticias suyas?

—Eso es inadmisibile —respondió la marquesa sin piedad—. Nos habrían avisado desde la embajada. Ten la certeza de que se encuentra en perfecto estado, sano y jovial, y que ha asistido durante todo el invierno a los cotillones de la alta sociedad de San Petersburgo.

Una nerviosa crispación alteró el rostro de Claire. Palideció como si toda la sangre de sus venas fluyera hacia su corazón. Luego, esforzándose por sonreír, dijo:

—Me prometió que pasaría el invierno en París; ¡y me hacía tanta ilusión reencontrarme con él y aparecer juntos en sociedad! Me hubiera sentido orgullosa de sus éxitos. Y tal vez él habría apreciado los míos. Hay que reconocer, madre, que no se muestra celoso en absoluto. Y sin embargo, motivos no le faltan. Allá donde vamos me colman de halagos. Aquí mismo, en este desierto de Beaulieu, los cumplidos no cesan e incluso nuestro vecino, el dueño de la herrería, ha insinuado...

—¿El señor Derblay?

—Sí, madre, el señor Derblay... El domingo, en misa —tú no lo has advertido porque eres demasiado devota—, estaba leyendo el libro de plegarias junto a ti cuando, sin saber por qué, me sentí observada. Una fuerza más poderosa que mi voluntad atrajo mi atención. Muy a mi pesar me volví, levanté la mirada y, en la penumbra de una de las capillas, vi al señor Derblay reclinado.

—Oraba.

—No, madre; me miraba. Nuestros ojos se encontraron y puede leer en los suyos una muda invocación. Agaché la cabeza y me esforcé en no volverla hacia aquel lado. A la salida, le encontré esperando junto a la puerta. No osó ofrecerme el agua bendita. Hizo una reverencia cuando pasamos a su lado y sentí que me seguía con la mirada. Al parecer es la primera vez que se le ha visto en la iglesia en todo el año.

La marquesa se levantó, y volviendo a su butacón se dejó caer en él abandonadamente, diciendo:

—¡Pues bien! Ojalá le sirva a ese muchacho para la salvación de su alma. En lugar de lanzarte miraditas, debería indem-

nizarnos por haber usurpado nuestros terrenos. Encuentro gracias sus mudas invocaciones. Tendrías que estar muy ociosa para ocuparte de los suspiros de ese batidor de hierro, que una mañana de estas nos dejará sordos con sus martillos.

—Madre, los halagos del señor Derblay son respetuosos, no tengo motivo de queja. Sólo hablo de él como uno más de mis pretendientes. En fin, el corazón de una mujer es tan voluble, según dicen... El duque no está aquí para defender su posesión... Y a mí, el papel de Penélope, perpetuamente a la espera del amado que no regresa, puede llegar a hastiarme. Gaston debería pensar en esto... Pero no lo hace. Y mientras tanto permanezco sola, paciente, fiel...

—¡Pues te equivocas! —exclamó la marquesa enérgicamente—. Si estuviera yo en tu lugar...

—No, madre —interrumpió la señorita de Beaulieu con grave firmeza—; no me equivoco; y no hay mérito alguno en mi comportamiento, porque amo al duque de Bligny.

—¡Le amas! —repitió la marquesa, sin poder disimular su irritación. ¡Como siempre, exageras! Hacer de una amistad infantil un amor profundo; ¡de un lazo familiar, una cadena indestructible! Gaston y tú habéis crecido uno junto al otro. Has llegado a convencerte de que esta hermandad debe perpetuarse y que jamás podrás ser feliz sin el duque... ¡No son más que tonterías, mi niña!

—¡Madre! —exclamó Claire.

Pero la marquesa ya se había lanzado y la ocasión que se le había presentado para desahogar su corazón era muy buena para dejarla escapar.

—Te has hecho demasiadas ilusiones con el duque. Es un hombre frívolo y disoluto, y tiene, lo sabes, un carácter independiente que jamás podrá corregir. Presagio que sufrirás muchas decepciones en el futuro. ¡Escucha! ¿Quieres que te diga la verdad? Este matrimonio me provoca gran inquietud.

Claire se irguió. Un ardiente rubor cubrió sus mejillas. Las dos mujeres se miraron un instante, sin hablar. Parecía que la primera palabra que se pronunciara entre ellas tendría una

excepcional gravedad. La señorita de Beaulieu no pudo contenerse y con voz temblorosa, dijo:

—Madre, es la primera vez que me habla así. Parece que estuviera preparándome para darme una mala noticia. ¿La ausencia del duque obedece acaso a graves motivos que usted me oculta? ¿Hay algo que deba decirme?...

La marquesa sintió miedo al ver la violenta turbación de su hija. Comprendió mejor que nunca cuán profundo y sólido era el afecto de Claire; se dio cuenta de que había ido muy lejos, e inmediatamente intentó retroceder:

—No, mi niña; no sé nada —respondió—. Tampoco a mí se me dice gran cosa. Y un silencio tan prolongado por parte de mi sobrino me sorprende... ¡En verdad parece que Gaston está llevando muy lejos eso de la diplomacia!

Claire se tranquilizó. Atribuyó las palabras de su madre a un disgusto que ni siquiera ella misma podía abstenerse de considerar legítimo, y esforzándose en recuperar su serenidad, dijo:

—Vamos, madre, un poco más de paciencia... El duque piensa en nosotras, estoy segura de ello. Y nos dará la sorpresa de venir desde San Petersburgo sin que le esperemos.

—Eso espero, hija mía, ya que es tu deseo. En cualquier caso, mi sobrino de Prefont y su mujer llegan hoy de París. Quizá estén más informados que nosotras.

—Mira, ahí está Octave, entrando por la terraza con el maestro Bachelin... —dijo vivazmente la señorita de Beaulieu, que se levantó de un salto, deseosa de escapar de aquella penosa conversación.

La joven salió del salón avanzando hacia la claridad. Contaba entonces veintidós años y estaba en todo el esplendor de su belleza. Su alta figura tenía una elegancia exquisita. Y sus brazos, maravillosamente engarzados a unos soberbios hombros, concluían en unas manos de reina. Sus cabellos dorados, prendidos en lo alto de la cabeza, dejaban al descubierto una nuca redonda de un blancor sonrosado. Ligeramente inclinada hacia adelante, las manos apoyadas en la balaustrada de

hierro de la escalinata, deshojando inconscientemente una de las flores de las enredaderas que por ella trepaban, reflejaba la apasionada encarnación de la juventud con toda su gracia y su vigor.

La señora de Beaulieu, durante un instante, la observó con admiración; luego sacudió la cabeza silenciosamente y exhaló un último suspiro.

Los pasos de los recién llegados hacían crujir el suelo de la terraza y sus voces llegaban de modo confuso hasta el salón.

El maestro Bachelin era un hombrecillo de unos sesenta años, rollizo a causa de la inactividad forzada de su vida de despacho. El rostro sonrojado bajo sus cabellos blancos, escrupulosamente afeitado, vestido de negro, dejando entrever apenas los gemelos de su camisa, era el estereotipo de escribano del antiguo régimen. Profundamente apegado a sus nobles clientes, pronunciaba «la señora marquesa» con unción devota, y defendía los intereses de la familia de Beaulieu por derecho hereditario. Los Bachelin eran, por nacimiento, los notarios de los señores de las tierras. Y el último de estos respetables empleados públicos atesoraba con orgullo en su estudio escrituras de propiedad, que se remontaban a Luis XI, en las cuales figuraba la firma ruda y feudal del marqués Honoré Onfroy, Jacques, Octave, y la rúbrica adornada de ochos del maestro Joseph-Antoine Bachelin, notario real.

El regreso de los señores de Beaulieu a su castillo causó una profunda alegría a aquel hombre excelente. Lo consideró como un indulto para la aldea. Había lamentado la ausencia de sus nobles clientes y, teniéndoles finalmente en su hermosa comarca, esperaba que retomaran la costumbre de pasar allí los veranos. Deseoso de que apreciaran su buen hacer, se puso a disposición de la señora de Beaulieu para esclarecer las intrincadas cuestiones referidas al pleito de Inglaterra, y desde hacía seis semanas mantenía una activa correspondencia con el abogado que hizo prosperar el asunto. En un mes y medio, el señor Bachelin había avanzado más que todos los letrados de la familia de Beaulieu en diez años. Y, a pesar de los nefastos

pronósticos que el hábil individuo había vaticinado respecto al éxito del litigio, la marquesa estaba satisfecha de su colaboración y asombrada de su vehemencia. Había descubierto en él a uno de esos devotos servidores dignos de ser elevados al rango de amigos, y ella lo trataba en consecuencia.

A su llegada al castillo el maestro Bachelin se había reencontrado con el joven marqués que se hallaba junto a la cancela, y al verle con tanta carga insistió en tomar su escopeta que acomodó bajo su brazo izquierdo, mientras aferraba con fuerza bajo su brazo derecho un voluminoso maletín de cuero negro, repleto de documentos.

—¡Eh! ¡Si apenas puede moverse, mi pobre señor Bachelin! —exclamó alegremente Claire al notario, que subía precipitadamente los peldaños de la escalinata, intentando despojarse del sombrero mientras hacía ceremoniosas reverencias.

—Le presento mis más humildes respetos, señorita. Como puede ver, en este momento reúno los atributos del derecho y de la fuerza... El código bajo un brazo y la escopeta bajo el otro... Pero ésta bajo el izquierdo. *¡Cedant arma togae!*⁵ Mil perdones, señorita, sin duda no entenderá usted latín; no soy más que un pedante.

—Este latín sí que lo comprende mi hermana —dijo riendo el marqués—... Y usted es el mejor hombre del mundo... Ahora ya puede devolverme mi escopeta... Muchas gracias.

Y tomando su arma, Octave subió la escalinata detrás del notario.

—¡Por lo que parece, has tenido buena caza! —dijo la señorita de Beaulieu deteniendo a su hermano en el umbral del salón y liberándole del morral que cargaba a su espalda.

—Seré modesto y no me vanagloriaré como un pavo real... Estas piezas no las he cazado yo.

—¿Y quién lo ha hecho?

—¡Ciertamente, no lo sé! —exclamó el marqués viendo el gesto de extrañeza de su hermana. Imagínate, me había extra-

⁵ Que las armas cedan ante la toga.

viado en las tierras de Pont-Avesnes, cuando me encontré con un cazador que me hizo algunas observaciones y me preguntó quién era, de un modo bastante arisco y con un tono ciertamente descortés. Pero tan pronto supo mi nombre se mostró conciliador e incluso amable e insistió en entregarme, casi por la fuerza, la caza que portaba en su morral.

—¡Qué extraño! —dijo la señorita de Beaulieu—. ¿Quería burlarse de ti?

—Juraría que no; más bien al contrario, parecía decidido a agradarme... Y, una vez hecha su ofrenda, se marchó precipitadamente para impedir que la rechazara.

—Señor marqués, ¿permite que le haga una pregunta? —dijo el maestro Bachelin, que había escuchado su relato atentamente.

—Se lo ruego, mi querido Bachelin.

—Y bien. ¿Qué aspecto tenía el cazador en cuestión?

—Un joven apuesto, de tez morena, vestido con una camisa y un viejo sombrero gris.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Exacto! —dijo el notario en voz baja—. Yo mismo le diré quién es su misterioso donante. Y no es otro que el propio señor Derblay.

—¡El señor Derblay! —exclamó el marqués—. ¿Ataviado con una simple camisa, como un aldeano y un ajado sombrero como un contrabandista? ¡Imposible!

—No olvide usted, señor marqués —prosiguió el señor Bachelin con una sonrisa— que nosotros somos cazadores rústicos. Yo mismo, que visto de un modo respetable en mi vida cotidiana, si me viera usted cazando en lo más recóndito del bosque, podría llegar a asustarse. Era el señor Derblay, estoy seguro. Y si no le reconociera por el retrato que usted ha hecho de él, que por otro lado es contundente, la gentileza que ha tenido con usted me basta para disipar mis dudas. ¡Es él!

—¡Pues sí que he hecho un buen papel! Le he dicho, hablando de él, que era un vecino incómodo... y toda suerte de groserías. ¡Es preciso que le pida disculpas!

—No será necesario que se tome usted la molestia, señor marqués, y si quisiera anunciar mi visita a su madre, me presentaré ante ella y les daré a conocer algunos detalles que, estoy seguro, cambiarán la opinión que ustedes tienen del señor Derblay.

—Por supuesto, me encantaría —dijo Octave, despojándose de sus arreos de caza—. Este maestro herrero parece ser un buen *partenaire*.

Y diciendo esto, el marqués entró en el salón, se aproximó a la señora de Beaulieu y le besó respetuosamente la mano:

—El señor Bachelin quiere verla, madre.

—¿Por qué no entra? —dijo la marquesa vivamente—. Hace diez minutos que os oigo charlar en la escalinata. Buenos días, mi querido Bachelin.

Y el notario se encorvó tanto como su oronda figura se lo permitió.

—¿Trae usted buenas noticias? —añadió la marquesa.

El semblante de Bachelin cambió de expresión. La sonrisa mudó en preocupación, y eludiendo la cuestión que su noble cliente le proponía, el notario respondió con tono circunspecto:

—Sí, señora marquesa, le traigo noticias...

Y como si tuviera premura por cambiar de conversación, continuó:

—Esta mañana he ido a Pont-Avesnes y he visto al señor Derblay. Los problemas que existen entre ustedes con respecto a los linderos comunes se han resuelto. Mi honorable amigo acepta todas las condiciones que consideren oportuno, y estará dichoso de someterse a su discreción.

—Estando así pues las cosas —dijo la señora de Beaulieu con leve embarazo—, no tenemos condiciones que fijar. Desde el momento en que no hay pugna, no habrá ni vencedores ni vencidos. El asunto queda sometido a su arbitraje, mi querido Bachelin, y lo que usted haga, bien hecho estará.

—Me agrada esta resolución y me siento feliz de ver que se ha restablecido la paz entre la herrería y el castillo. No que-

da más que firmar el contrato preliminar. Con este propósito, el señor Derblay tiene intención de visitar Beaulieu con su hermana, la señorita Suzanne, para presentarle sus respetos, señora marquesa, si usted se digna a recibirle...

—¡Por supuesto! ¡Que venga! Estaré encantada de ver finalmente a ese cíclope que ennegrece todo el valle... ¡Ah, eso sí! Supongo que no será sólo un tratado de paz lo que abarrotará su maletín —dijo la señora de Beaulieu señalando el portafolio del notario—. Sin duda me trae algún documento nuevo de nuestro pleito de Inglaterra.

—Sí, señora marquesa; sí —repitió Bachelin con notoria turbación—. Si usted me lo permite, hablemos de negocios...

Y con una mirada suplicante a la marquesa, indicó el notario a sus hijos. La señora de Beaulieu comprendió. Una vaga inquietud le encogió el corazón. ¿Qué podía ser tan grave como para que su hombre de confianza quisiera hablarle a solas? Pero no había mujer más resolutiva que la marquesa. Su vacilación duró sólo unos instantes, y dirigiéndose a su hijo, le dijo:

—Octave, infórmate si se ha dado orden para ir al ferrocarril a recibir a nuestros primos, que llegan a las cinco.

Al oír estas palabras Claire levantó la cabeza y su hermano se estremeció. La intención de la marquesa era evidente: alegaba un pretexto para alejar a sus hijos. Entre aquellos tres seres que tan tiernamente se amaban surgió una inquietud que intentaron ocultar mutuamente. Claire y el marqués, sin hacer ninguna observación, dirigieron a su madre sendas sonrisas, y se marcharon cada uno en una dirección.

La señorita de Beaulieu descendió lentamente hacia la terraza. La idea de que Bachelin pudiera aportar nuevas noticias sobre el duque de Bligny se le cruzó repentinamente por la mente. Profundamente emocionada y agitada por un torbellino de sensaciones, caminaba bajo aquellos corpulentos árboles, perdiendo la noción del tiempo, entregada a una profunda turbación.

La marquesa y Bachelin quedaron a solas en el salón. El notario no hacía ya esfuerzo alguno por conferir a su rostro un

aspecto sonriente. Se mostraba ahora grave y reflexivo. La señora de Beaulieu permaneció silenciosa unos instantes, como si quisiera disfrutar hasta el último momento de la tranquilidad de la que aún gozaba. Luego, dijo con determinación:

—¡Y bien, mi querido Bachelin! ¿Qué tiene usted que decirme?

El notario sacudió tristemente su blanca cabeza.

—Nada bueno, señora marquesa —respondió—. Y es para mí, viejo servidor de su familia, motivo de profunda aflicción. El éxito del proceso emprendido en vida del señor marqués de Beaulieu, su esposo, contra sus parientes de Inglaterra, se ha visto gravemente comprometido.

—No me está diciendo toda la verdad, Bachelin —interrumpió la marquesa—. Si albergara alguna esperanza no se mostraría tan abatido. Hable, soy fuerte, puedo soportarlo. ¿Han fallado los tribunales ingleses? ¿Hemos perdido el pleito?...

El notario no encontró el valor para responder. Hizo un gesto que equivalía a la más desolada de las revelaciones. La marquesa se mordió el labio y una lágrima resplandeció en la comisura de sus párpados, que se evaporó velozmente por el ardor que cubrió su rostro. Bachelin, consternado, comenzó a pasear inquieto por el salón. Abandonando cualquier muestra de respeto, se olvidó del lugar reverencial en el que se encontraba, y arrastrado por las emociones, gesticulando del mismo modo que lo hacía en su despacho, mientras estudiaba alguna causa, decía:

—¡El proceso se ha planteado mal desde el inicio! ¡Los abogados han actuado como asnos! ¡Codiciosos! Le escriben una carta, y basta... Ustedes les responden, leen su contestación, y ya está... ¡Si el marqués me hubiera pedido consejo! Pero estaba en París. Y su abogado le dirigió mal... ¡También unos asnos, esos abogados de París! ¡No saben más que desperdiciar papel timbrado!

Se detuvo bruscamente y, chasqueando sus manos, dijo:

—¡Esto supone un terrible golpe para la casa de Beaulieu!

—Terrible, en efecto —exclamó la marquesa—, y que conlleva la ruina de mis hijos. Serán necesarios diez años, al menos, de mesura económica para que únicamente con mi fortuna pueda restablecer nuestras finanzas.

Bachelin había dejado de recorrer el salón. Había recuperado la calma y ahora escuchaba a la señora de Beaulieu con un emotivo respeto. Sabía que el fracaso del pleito era irremediable. Acababa de recibir la sentencia, y ningún recurso, ninguna apelación eran posibles. La desdeñosa incuria del marqués había permitido a sus adversarios tomar considerable ventaja, y ahora la pugna era insostenible.

—Las desgracias nunca vienen solas —respondió la marquesa—. Seguramente tiene aún malas noticias para mí, Bachelin. Aproveche que estamos aquí, y dígamelas todas de una vez —añadió la señora de Beaulieu con resignada sonrisa—. No creo que sea tan grave como lo que ya me ha revelado.

—Quisiera compartir su confianza, señora marquesa. Lo que tengo que decirle no me parece tan espinoso. Pero conozco la delicadeza de su corazón y temo que de las dos fatalidades, la pérdida de dinero le resultará la menos penosa...

La marquesa palideció, y una agitación extrema se apoderó de ella. Presentía lo que su hombre de confianza tenía que decirle, e incapaz de contenerse, exclamó:

—¿Tiene noticias del duque de Bligny?

—Usted me encargó, señora, investigar los movimientos de su sobrino —dijo el notario con cierto desprecio muy característico en aquel ferviente adorador de la aristocracia—. He seguido sus instrucciones punto por punto. Y he aquí la información que me han transmitido: el duque de Bligny se encuentra en París desde hace seis semanas.

—¡Seis semanas! —repitió la marquesa con estupor—. ¡Y nosotras sin saberlo!

—Su sobrino se ha guardado bien de que lo supieran...

—¡Y no ha venido! ¡Ni viene, aun conociendo las calamidades que nos afligen! Porque lo sabe, ¿no es cierto?

—Sí, señora marquesa. ¡Y de los primeros!



La señora de Beaulieu hizo una mueca de dolorosa sorpresa. Y con tono de profunda aflicción, dijo:

—¡Ah! Tenía usted razón, Bachelin, esto me afecta más cruelmente que la pérdida del dinero. El duque nos ha abandonado. No viene ni vendrá jamás; ya lo presentía. Todo lo que pretendía de nosotros era nuestra fortuna. La fortuna se ha esfumado, el prometido se retira. El dinero es la esencia de esta época venal y codiciosa. ¡La belleza, la virtud, la inteligencia, nada cuentan! Ya no se dice: «¡Abran paso a los dignos!». Ahora se grita: «¡Abran paso a los ricos!». Hoy somos casi pobres, así que ya no nos reconocen.

Bachelin escuchó con tranquilidad la violenta denuncia de aquella madre afligida. Muy a su pesar, el notario no pudo disimular una secreta satisfacción. Tenía el semblante enrojecido y frotaba instintivamente las manos detrás de su espalda.

—Señora marquesa —dijo—, creo que está calumniando nuestra época. Ciertamente es que nos dominan las ideas positivas y la codicia innata a la especie humana ha hecho notables progresos, pero no se debe condenar a la generalidad de nuestros contemporáneos. Aún existen hombres desinteresados para quienes la belleza, la virtud y la inteligencia, entre otras, son cualidades envidiables en una mujer. No digo que conozca a muchos hombres así, pero al menos conozco a uno. Y uno solo basta para acreditar a la especie.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la marquesa extrañada.

—Pues simplemente eso —prosiguió el notario—, que uno de mis caballerosos amigos no ha podido evitar ver a la señorita de Beaulieu y caer perdidamente enamorado de ella. Creyéndola comprometida con el duque, jamás se hubiera aventurado a expresar sus sentimientos, pero cuando sepa que está libre, hablará, si usted se lo autoriza.

La marquesa miró fijamente a Bachelin.

—Se refiere usted al señor Derblay, ¿no es cierto?

—Sí, señora marquesa, al mismo —respondió el notario con osadía.

—No fingiré que ignoro los sentimientos que mi hija ha

inspirado en el dueño de la herrería —respondió la marquesa—. No los oculta. ¡Ni siquiera lo intenta!

—¡Ah! Es que ama a la señorita Claire; ¡la ama sinceramente! —respondió ardientemente el notario—. Usted no conoce lo suficiente al señor Derblay, señora marquesa, para poder apreciar sus méritos.

—No ignoro que es muy estimado en la comarca... Pero usted, mi querido Bachelin, ¿está muy unido a su familia?

—He visto nacer al señor Philippe y a su hermana, la señorita Suzanne. Su padre me llamaba amigo... Esto explica, señora marquesa, la ligereza que me he permitido al darle a conocer los sentimientos del señor Derblay. Espero que pueda perdonarme. A mis ojos, mi cliente sólo tiene un defecto: su apellido se escribe con una sola palabra, sin la partícula «de». Pero si se indagara... ¿quién sabe? Su familia es muy antigua. Durante la Revolución las gentes honradas se aunaban unas con otras, bien pudo suceder lo mismo con las letras.

—Que conserve su apellido tal y como está —dijo tristemente la marquesa—. Lo porta con honor, y eso, en los tiempos que vivimos, es suficiente. Basta comparar al duque de Bligny, que se aleja de una Claire arruinada, con el señor Derblay, que intenta acercarse a una muchacha pobre. Dígame, entonces, entre el noble y el plebeyo ¿cuál de los dos es el caballero?

—El señor Derblay se sentiría dichoso si escuchara sus palabras.

—Confío en que no repetirá nada de lo que acabo de decirle —interrumpió seriamente la marquesa—; la señorita de Beaulieu no admitirá ningún pretendiente. Y con su carácter, es muy probable que muera soltera. ¡Ruego a Dios, mi querido amigo, que pueda sobrellevar con fuerza y resignación este doble infortunio!

El notario se quedó un momento desconcertado. Y después, con una emoción que hacía temblar su voz, dijo:

—Sucedá lo que suceda, señora marquesa, recuerde que el señor Derblay sería el más feliz de los hombres si le permitieran albergar alguna esperanza. Él esperará, porque no es de los que

tienen un corazón voluble. Presiento que nos esperan a todos amargos pesares, porque espero que le permita usted, a un viejo servidor como yo, contarse entre aquellos que están destinados a compartir sus penas. Ahora, me tomaré la licencia de darle un consejo: no decirle nada de momento a la señorita Claire. Quizá el duque de Bligny reconsidere su actitud. En cualquier caso, siempre habrá tiempo para el sufrimiento de la señorita Claire.

—Tiene usted razón. En cuanto a mi hijo, debo ponerle al corriente de la desgracia que le acecha.

Y caminando hacia la escalinata, la marquesa llamó con un gesto al joven que, sentado en la terraza, esperaba pacientemente el final de la reunión.

—¡Y bien! —dijo con júbilo—. ¿Ha terminado la sesión? ¿O quieren que me una a ella?

—En efecto —respondió dulcemente la marquesa—, debo hacerte partícipe de graves noticias que me causan una gran aflicción.

El marqués, poniéndose serio, se dirigió a su madre:

—¿De qué se trata?

—Hijo mío, el señor Bachelin ha recibido una comunicación definitiva de nuestro representante judicial en Inglaterra.

—¿Relativa al pleito?

—Sí.

Octave se acercó a su madre y, tomándole afectuosamente la mano, preguntó:

—¿Y bien? ¿Está perdido?

La marquesa, estupefacta ante la sangre fría con la que el marqués aceptaba aquella desastrosa noticia, miró a Bachelin, como para pedirle una explicación. Pero viendo que éste permanecía impasible, dirigió su mirada a su hijo.

—Entonces, ¿ya lo sabías? —le interrogó, respirando aliviada ante la serena resignación del marqués.

—No lo sabía a ciencia cierta —respondió el joven—, pero tenía serias dudas. No quería decirle nada, respetaba sus ilusiones, pero estaba prácticamente convencido de que este proceso era insostenible. Además, he tenido largo tiempo para

prepararme ante un posible fracaso. Sólo me preocupa mi hermana, cuya dote está en juego. Pero hay un medio muy sencillo de arreglar las cosas, madre. Usted le entregará la parte que me corresponde de su fortuna. En cuanto a mí, no se inquiete, lograré salir adelante.

Ante estas generosas palabras, la marquesa se ruborizó de orgullo. Y volviéndose al notario, dijo:

—¡De qué puedo lamentarme teniendo un hijo así!

Y tendiendo los brazos hacia el marqués, que sonreía dulcemente, añadió:

—¡Eres un muchacho maravilloso! ¡Deja que te abrace!

—No lo merezco —dijo el marqués emocionado—. Quiero mucho a mi hermana y haré cuanto esté en mi mano para hacerla feliz. Y ya que hablamos de cosas tristes, ¿no cree usted que el silencio de nuestro primo de Bligny tiene mucho que ver con el fracaso de este pleito?

—Te engañas, hijo mío —dijo la marquesa con firmeza, haciendo un gesto para impedir que el marqués continuara—... El duque...

—¡Oh! No tema, madre —interrumpió Octave con despectiva soberbia—. Si Gaston no tiene intención de cumplir su compromiso ahora que la señorita de Beaulieu no se puede presentar ante él con un millón en cada mano, no podemos, creo yo, cogerlo por la solapa y obligarle a cumplir su palabra. En cualquier caso, estimo que si el duque de Bligny no se casa con mi hermana, será tanto peor para él y tanto mejor para ella.

—Muy bien, hijo mío —exclamó la marquesa.

—Muy bien, señor marqués —apoyó Bachelin—. Y si la señorita de Beaulieu no es ya lo suficientemente rica para tentar a un cazafortunas, le sobran cualidades para seducir a un hombre de buen corazón.

Con una mirada, la marquesa conminó a Bachelin a guardar silencio. Y éste, dichoso de ver terminar tan favorablemente una crisis que él juzgaba terrible, presentó sus respetos a sus nobles clientes y, con la celeridad que sus piernas le permitían, tomó el camino de Pont-Avesnes.